LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDES DE VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—Madrid.

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 73)

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.



PRECIO DE LA CAJA:

Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...

PRINCIPE, 14

De 10 á 12 y de 4 á 6

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN

Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

AÑO I. Madrid, 4 de Noviembre de 1911. NÚM. 27



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda

EDUARDO ZAMACOIS
¿Cuál de los tres?

JACINTO BENAVENTE
Maternidad.

RAMÓN ASENSIO MÁS
Contestación.

FELIX RECIO
Las ruinas...

RAFAEL RUÍZ
Baquica.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores célebres.

G. MARTÍNEZ SIERRA
Coloquio.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO
Historia muy corta.

FERNANDO AMADO
Amor de amar.

LA GOYA, ESCRITORA
BANQUETE
Á «LA HOJA DE PARRA»
TOVAR, CYRANO, SANCHA, HERNAIZ y ALFONSO

Caricaturas y retratos de La Goya, Marta Carrero, Julia Merino, El doctor Cajal, Ramón Asensio Más, Gómez Hidalgo y Lezama y otros dibujos.

5 cénts.



LA GOYA

La tonadillera más artista, la más bonita, la primera de todas...



UN SABIO CHINO AL MATRIMONIO ABOLLA DICIENDO QUE EL CONNUBIO ES UNA OLLA

Sai-Chon, médico chino cuya ciencia
no tiene—al menos en Pekín—rival,
señala esta notable diferencia
sobre lo que es la vida conyugal.

✣

Compara el matrimonio en Occidente
con un puchero en punto de vapor:
se quita de la lumbre, y lentamente
va quedándose el agua sin calor.

✣

Mientras que el acto de la boda en China
—según Sai-Chon—se debe comparar
con una olla puesta en la cocina
para que se comience á calentar.

✣

Vanse caldeando paulatinamente
de igual manera el agua y el amor,
por lo cual, los esposos en Oriente
cuanto más viejos tienen más calor.

✣

Y es porque el novio en Occidente escoge
la mujer á quien lleva hasta el altar,
y, en cambio, el novio en el Orienie coge
la compañera que le quieren dar.

✣

«Somos (habla Sai-Chon) tal vez más feos
nosotros que los cónyuges de allí;
pero, ¡ah!, los matrimonios europeos
nunca son tan felices como aquí.

La olla hirviendo se quita de las llamas,
y en el instante se comienza á enfriar;
y así, los caballeros y las damas
ven apagarse el fuego del hogar.

✣

Mientras que la olla fría del Oriente
—puesta junto á las brasas del carbón—
va estando poco á poco más caliente,
y al fin rompe en ruidosa ebullición.

✣

Y así, es justo que el diablo allí se lleve
los matrimonios á los cinco ó seis
años; mientras que á mí el sesenta y nueve
me hace ser tan dichoso cual sabéis.

✣

Me casé (mejor dicho, me casaron)
hace ahora justamente treinta y dos;
y los veinte que llevo me aumentaron
la dicha conyugal, gracias á Dios.

✣

Y se casan allí con una polla
—concluye—, y pronto es vieja la mujer;
pues se le enfría el agua de la olla,
por falta de calor para el placer...»

✣

En verdad, me parecen muy extraños
los tales argumentos de Sai-Chon...
A pesar de mis muchos desengaños,
que me den una chica de quince años
¡y á ver si se me acaba á mí el carbón!

Carlos Miranda.

¿CUÁL DE LOS TRES?

(RECUERDOS DE VIAJE)

El tren expreso que va desde Hendaya á París había salido de la estación, deslizándose lentamente sobre sus ruedas engrasadas.

—En aquel departamento del coche iban dos hombres; un español y un inglés. El primero envuelto en una rica manta de vistosos colorines; amodorrado, soñoliento, procurando conciliar el sueño, bajo las alas de su sombrero cordobés; el otro, inmóvil y grave dentro de su gabán de pieles, con un rostro largo y seco que parecía grabado en boj. Cada cual ocupaba una ventanilla, y el matrimonio y el clérigo francés que acababan desubir, se sentaron del mismo lado, frente al español; el sacerdote se acomodó junto á Eugenia. Era pequeñín, regordete y colorado, como Carmelo Recio, (el marido), y tal vez escogió aquel sitio sin darse cuenta, obedeciendo inconscientemente á un sentimiento innato de simetría.

El tren, en tanto, corría con rapidez vertiginosa, devorando kilómetros. A pesar de aquel sacudimiento rítmico y continuo que llamaba al sueño, nadie dormía. Carmelo Recio miraba embelesado por el cristal de la ventanilla, lo poco que alcanzaba á verse de las campiñas fugitivas; Eugenia y el cura, por la posición que ocupaban, ni siquiera podían disfrutar de aquel divertimiento, y estaban aburridos, sin saber qué empleo dar á sus ojos. En cuanto al español, completamente despavilado, miraba á Eugenia, admirándola...

Aquilatando la belleza de su frente pequeñina é inquieta, sus ojos dulces de soñadora, su boquita risueña y zumbona, toda aquella feliz acopladura, en fin, de rasgos, que tan picante expresión imprimían al rostro juvenil de la muchacha; y su cutis, pálido, blanquísimo, que parecía traslúcido visto al reflejo amarillento de la luz del coche, y entre los semblantes apopléticos de Carmelo Recio y del clérigo francés, cuya redonda fisonomía se destacaba entre la estolilla de su hábito y el respaldo del asiento, como un círculo rojo.

Y luego, admiraba la graciosa esbeltez del busto ceñido por un abriguito de color gris, y la actitud indolente de las manos, cruzadas sobre la falda; y descendiendo más aun, llegaba á los pies, pequeñines y coquetones.

Mientras el viajero español esparcía su ánimo en aquellas poéticas imaginaciones, Eugenia también le miraba, seducida por esa atracción que la juventud y la belleza ejercen sobre los temperamentos impresionables; y sin apercibirse del gravísimo delito moral en que incurría abandonándose en aquel examen, se holgaba de encontrarle tan joven y tan guapo; únicamente creyó adver-

NUESTRAS COCOTAS



MARTA CARRERO

tir al pronto, un cierto desaliño en su indumentaria...; ¡pero, mire usted por donde la gustaban á ella los hombres así, despreocupados!... Y continuando por la jabonosa pendiente que recorría, se atrevió compararle con *su* Carmelo...

La inocente Engenia destrozaba al suyo comparándole con el gentil galán desconocido, y un dolor secreto la torturaba. Nunca la pareció el desventurado Carmelo Recio, tan pequeño, ni tan gordo, ni tan vulgarote, ni tan grasiento...

Ninguno de los circunstantes hablaba, malhumorados por el frío y el cansancio de un viaje tan largo; Recio y su mujer, el cura y el español, iban casi juntos, formando un grupo; en la otra ventanilla del coche iba el inglés, solo, inalterable, mirándoles con esa insolencia mortificante de las figuras de cera ó de los cortos de vista.

De pronto, el joven experimentó un deseo violentísimo de besar á Eugenia; pero en la boca, allí precisamente, en aquella boquirrita de labios finos, tan burlones y tan húmedos...

Los temblequeteos de la luz eran más prolongados cada vez y más frecuentes: á ratos parecía extinguirse completamente, cuando el vagón experimentaba una sacudida más violenta; pero luego renacía impertinente, testaruda, cobrando fuerzas de sus últimas gotas de aceite. Pasó otra media hora y la feliz ocasión no se ofrecía: el tren iba sin retraso y llegaría á Burdeos á las cinco en punto; sólo faltaban ocho minutos... Un parpadeo más prolongado de la luz, indicó que la llama había empezado á consumir el aceite de la mecha; algunos momentos más y todo habría concluído...

De improviso, la luz se apagó... é instantáneamente resonaron el amoroso crujir de un beso rápido, frenético, y el estallido de una bofetada terrible, relampagueante, que sonó como una pedrada en un espejo...

Era que el joven, mientras besaba á Eugenia, levantó el brazo y descargó su mano abierta sobre los abultados carrillos del clérigo francés, que respondieron con ese chasquido característico de la carne mollar.

.....

Habían llegado á Burdeos y bajaron al andén.

Carmelo Recio, que lo había oído todo y creía á Eugenia autora de la bofetada, miraba á los tres hombre con ademán retador, no sabiendo con cual de ellos encararse; el cura, á pesar de la hinchazón que amenazaba la parte ofendida, no osó quejarse acobardado por los feroces ademanes del marido, á quien suponía autor de la agresión.

Aquella escena duró un instante; los mozos de la estación iban y venían llevando baules y empujando á los viajeros, y cada cual se fué por su lado... Y Carmelo Recio les vió alejarse, mientras él seguía á su mujer, furioso, cargado con su maletas, preguntándose:

—¿Cual de ellos habrá sido? ¿Cual de los tres?

Eduardo Zamacois.

ALTA FILOSOFÍA



El mendigo.—Esta, siendo más joven, ha rodado mucho más que yo.

MATERNIDAD

LUISA, *veintidós años.*—ISABEL, *treinta.*

LUISA.—¿De compras?

Isabel.—Sí. El pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira...

L.—Muy bueno, ya lo creo... Es un merino riquísimo... doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

I.—Sí, entró con esa condición. Es vizcaína, pero como el traje de pasiega es más caro... hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares... ¡Y comer!

L.—Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

I.—Sí, es una pena... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo...

L.—Y de seguro has sentido no criar á éste...

I.—Sí, lo he sentido; pero sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes.

L.—¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

I.—La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

L.—¿Entonces? ¿Qué es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¡Si vieras qué poco me importa!

I.—Lo supongo... Pero tampoco es eso.

L.—Explícate.

I.—Mira: cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos, salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo, recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Unica madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo, hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con sólo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero... huelga de madres ó huelga de esposas, he aquí el problema ¿Has comprendido?

L.—Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo... ¡Pero es infame!...

I.—Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido...

L.—¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

I.—Pero á lo menos podía oirla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

L.—A ellos todo les disculpa.

I.—Tienes razón, todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo!.., ¡Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada: mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á tí, solo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que hablaba el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferen-

EL PÚBLICO DE LOS «CINES»



EL DOCTOR CAJAL

que recientemente ha «caído» enfermo.

tes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras...

L.—¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte... y yo también.

I.—Ya lo sabes. No críes á tus hijos. Una ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por tí... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

Jacinto Benavente.

CONTESTACION

Me dices en tu carta, amable Rosa,
que eres una mujer digna y honrada,
que en tí se ceba la calumnia odiosa,
que es Juana una viciosa
de la que no he de hablarte para nada,
y que yo siempre he sido
el perfecto modelo del perdido.

Juana es una viciosa;
pero es una morena tan hermosa,
con dos ojos tan negros, tan brillantes,
y una boca tan fresca y tan lozana
como la misma flor momentos antes
de despuntar la luz de la mañana.

Y al salir por las calles de la corte,
luciendo la elegancia de su porte
y poniendo á la vista
sus atractivos tantos,
no hay hombre que resista
al poderoso imán de sus encantos.

Tú, mi querida Rosa
siempre has sido una rubia caprichosa,
que te has pasado el día
de sermón en novena y letanía.

Que has salido á la calle
ocultando lo airoso de tu talle
entre los anchos pliegues de tu manto,
pero has oído palabras seductoras
y ¿qué has hecho? Otro tanto
que han hecho otras muchísimas... señoras.

Así es que no me vengas con razones
ni quieras evitar comparaciones.

Juana es perdida, lleva mala vida...
tú eres en cambio, hipócrita y perdida.

Ramón Asensio Mas



RAMÓN ASENSIO MÁS

Ilustre poeta y autor dramático.

LA GOYA, ESCRITORA

La hermosa, popular y...—procurando ser justos «nada más» todos los adjetivos nos suenan á poco—la sin par tonadillera Aurorita M. Jauffret, «La Goya», tras de conseguir en poco tiempo el cetro del «couplé» español, se propone arrebatar ahora estotro de la pluma...

«La Goya» quiere ser escritora. Y como «sus primeras armas» las hizo aquí, en LA HOJA DE PARRA, contándonos sus amorcillos á raiz de negarse á casarse y despedir á un novio «muy guapo» que tenía para ser artista, á nosotros destina su labor futura.

Habrá de todo en ella, porque en la cabecita de «La Goya», tan linda y tan de muchachita, hay muchas cosas...

Nosotros esperamos con un poquito de impaciencia sus trabajos. Y ya verán ustedes como son «así».

LAS RUINAS...

El vizconde y Maria Victoria, cogidos cansadamente del brazo, arrastrando sus pasos y sus cuerpos con elegante ademán de hastío, penetraron en el hotel, pidiendo un reservado en donde cenar en intimidad obsoluta, y en donde cobijar, durante unas horas, caricias cansinas de amantes enfermos.

Quedaron tristes. El camarero se marchó, después de servirles como estimulante, como aperitivo para todas las gulas, unas botellas de champagne y quedaron solos él y ella, contemplándose con cariñosa melancolía.

María Victoria estaba muy enferma ya. Gastado su cuerpo en el disfrute desenfrenado de todos los placeres, sintiendo al cabo ante todas las sensiblerías el alma acorchada, entraba ella, y lo sabía, que era lo más triste, en el ocaso de su carrera galante. Llevaba el «traviatismo» en los tuétanos; su cuerpecito esquelético, antes mórbido, escultórico y gentil, presentaba actualmente angulosidades antiestéticas, tornasoles violáceos en las orlas de los ojos y en los surcos de las venas. El vizconde, aunque sano de pecho, estaba también decaído de figura y de alma. Corrió desenfrenadamente por la juventud, y es claro: llegó antes á la vejez.

El vizconde se aproximó más á María Victoria, la cogió una mano y acariciándola, la dijo:

—¿Te acuerdas?

—¡Qué delicia aquélla, sí!...

El vizconde siguió diciendo:

—Yo fuí, yo fuí quien primero abrí la flor, la divina flor de tu carne...

Ella, mirándole con mimo, halagada, sonrió.

—¡Ay, sí! Y era la primera vez...

Pausa. Se acarician, se besan, suspiran juntos, respiran juntos. El vizconde siente que la sangre se le enardece, una lumbrarada de rejuvenecimiento advierte, y estrecha con pasión extraordinaria á María Victoria entre sus brazos gozadores.

—¡Hace tantos años ya! ¡Cómo pasa el tiempo—dice ella.

Esto, inoportuno, de mal gusto, pasa en seco los ímpetus apasionados del vizconde y le deja quieto, pensativo.

Hay una larga pausa triste que motiva un mutuo malestar.

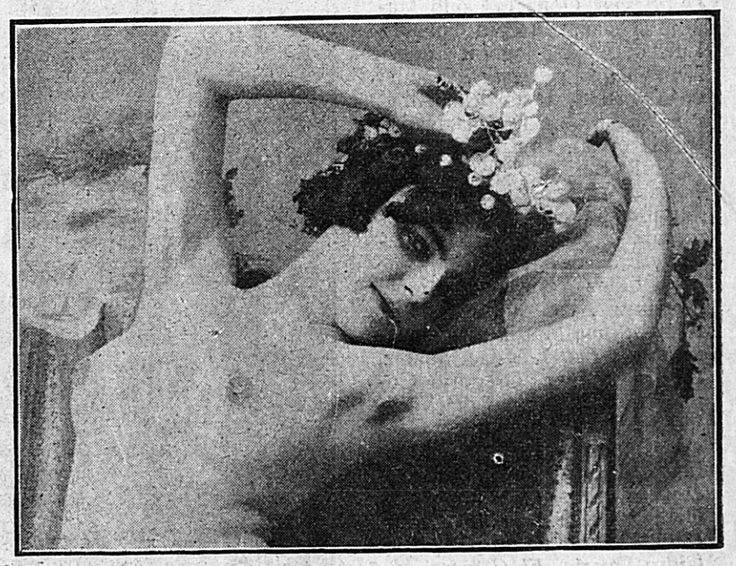
—Echame más champagne—dice ella.

El obedece como un autómata, beben ambos y rompen de nuevo á reirse de sus mogigaterías actuales.

Al cabo de un rato se levantan de junto á la mesa; cogidos cariñosamente del brazo andan un poco hasta llegar á la colchoneta del diván, se sientan uno en brazos del otro, muy juntos...

Y María Victoria y el vizconde, las dos ruinas doradas, se quedan dormidos.

Félix Recio



JULIA MERINO

«Divette» catalana que en breve debutará en Madrid.

BANQUETE Á "LA HOJA DE PARRA,,

Los vendedores de periódicos madrileños, estos buenos amigos y colaboradores nuestros, á cuyo esfuerzo grande y noble se debe, ciertamente, el éxito obtenido por LA HOJA DE PARRA, obsequiaron el lunes, á la una y media de la tarde, con un banquete, en el café de Covadonga, al «mariage» periodístico Lezama-Gómez Hidalgo, del que es producto este papelito...

Una mujer bonita y joven, una artista española y castiza, como no hay otra, *La Goya*, presidió con los agasajados la fiesta, digna de ella. Después, en otras mesas, que llenaban el amplio salón del viejo Covadonga, estaba... estaba... —no queríamos decirlo, aunque es verdad—, estaba «Madrid entero»...

Literatos, artistas y vendedores; todos juntos. Los que tienen un nombre cien veces ilustres y los otros que apenas si se llaman «de algún modo»; juntos todos, confundidos en una heterogeneidad alentadora.

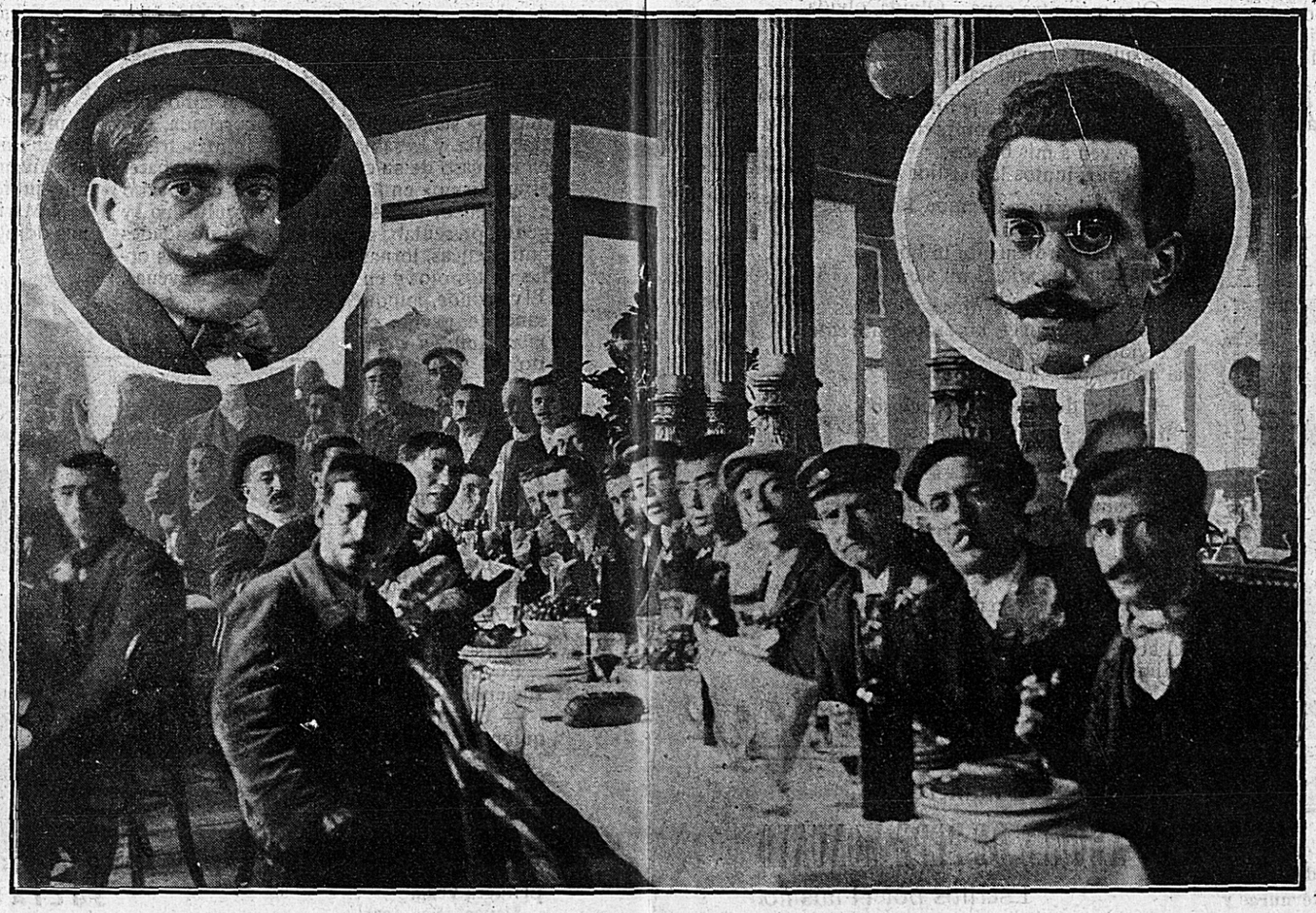
Felipe Trigo, Juan Pérez Zúñiga, Carlos Miranda, Pedro de Répide, Miguel Moya (hijo), Antonio Casero, Manuel Martínez *(Agujetas)*, Gonzalo Cantó, Manolo Tovar, Eusebio Fuentes, Luis de Tapia, Ramón López-Montenegro *(Cyrano)*, Manuel de A. Tolosa, doctor Ruíz Albéniz, Antonio de la Villa, Narciso Heredero, Tomás Borrás, José Lerín, Santiago Arimón, José L. Campúa, Leopoldo Bejarano, Alfonso Sánchez, Ramón Gómez de la Serna, Salvador Lacruz, Francisco Maqueda, Andrés González-Blanco, Miguel Martínez Acacio, Ricardo F. Blanco, Juan Martínez *(Don Jenaro, «el Feo»)*, Rafael Suárez, Enrique López, Gregorio Corrochano, Guillermo del Valle, José Joaquín Rubio, José F. Cancela, Juan Avellán, Raimundo Esquerdo, José Pavón, Francisco Ibáñez, José Calvo, *El Lola*, Daniel Quirós, Juan Layunta, Miguel Alvarez, *El Guasilla*, Isidro Duarte, *El Cervera*, Miguel Olivares, Fernando García *(El Valencia)*, Francisco Artalejo, Pedro Catalán, y más y más, hasta todos los que permitió el local...

Adheridos estaban los que no asistían; todos por razones tan justificadas como el «gato» ilustre Saint-Aubín, que á aquella hora enterraba á una niñita de su hermano político el presidente del Consejo; Joaquín Dicenta y Eduardo Rosón, que presidían otra fúnebre comitiva; *Machaquito*, cuyo estado todo el mundo conoce; Pepe Moncayo, Antonio Viérgol *(El Sastre del Campillo)*, Julio Ruíz, Enrique Chicote, que para aquel momento tenía una cierta cita, siempre grata; Serrano de la Pedrosa, Fernando Mora, Federico García Sanchiz, Antonio de Hoyos, ausente de Madrid; Javier Valcárce, enfermo en Galicia; el corresponsal de Huelva D. Justo Toscano; D. Emilio Sánchez, también de Huelva, amigo de los agasajados, y muchos más, algunos de los cuales excusaron su ausencia tan ingeniosamente como Asensio Más, que escribió así:

«Para Gómez-Hidalgo y Lezama

Pensé acudir al banquete,
pero, por desgracia mía,
hace seis meses ó siete
que he perdido la alegría,
y un médico, que en Alzola,
me vió á fines de verano,
me hace estar *á leche sola*,
que es un régimen muy sano.
Esto me priva de ser
punto fuerte en el yantar,
porque ni puedo comer
ni sé qué leche tomar.
Puesto en Dios el pensamiento
le pido que os aproveche
de veras *el alimento*...
¡Os lo juro por la leche
que me han dado hace un momento!

RAMÓN ASENSIO MÁS.»



UNA MESA.—LOS AGASAJADOS

Fot. Alfonso

La comida estuvo bien servida. José Lerín, nuestro capataz, generoso, inteligente y simpaticote, al organizarse el acto y fijarse el precio del cubierto, tuvo un rasgo, y solicitó pagar, como pagó, el café en obsequio de los comensales. Nuestro corresponsal en Vitoria, D. Pedro Alonso, también espléndido y amable, envió habanos para todos...

Y como ya sólo faltaba «algo oficial», y en la fiesta no podía notarse falta alguna, el Ayuntamiento, por mediación de su inteligente jardinero mayor, D. Cecilio Rodríguez, mandó varios ramos de flores hermosísimos, tres de los cuales fueron enviados con un saludo de los comensales, expresivo y respetuoso, á la señora de Antonio de Lezama, á la madre de Paco Gómez-Hidalgo, que se halla en el pueblo de éste—porque Paco, ¡válgale Dios!, no «tiene» señora todavía—y á Aurorita, *La Goya*.

No hubo discursos. Nuestro Carlos Miranda, con su oportunidad y su gracia de siempre, los evitó, resumiendo en esta cuarteta las palabras que hubiéramos podido decir todos:

«Á «LA GOYA»

Gloria á la artista genial
que «adobó» esta «cuchipanda»
con la finísima sal
de su ingenio.

C. MIRANDA.»

Siguieron á la de Miranda cuatrocientas firmas... y no pasó más.

¡Aclamaciones, vítores!... Los tenemos aún en los oídos. Los simpáticos vendedores tuvieron para todos: para «la señorita Goya», para Felipe Trigo, para Miranda, para Zúñiga, para Répide, para Miguelito Moya, para Casero, para Tapia, para Tolosa, para *Agujetas*, para Antonio de la Villa, para Tovar, para Borrás, para Cantó, para Alfonso, para Campúa, para Bejarano, para Albéniz, para Arimón, para Heredero, para Eusebio Fuentes...

Y cerca de las cinco, al concluir la fiesta los comensales abrieron calle y por ella pasaron, cogidos del brazo, el veterano y siempre bravo picador *Agujetas* y la gentil, gentilísima *Goya*, que, en la calle, rodeados de los demás comensales, fueron objeto de la «saña» de Alfonso, de Campúa y de algunos más.

... Y aquí concluyó todo, menos el agradecimiento de LA HOJA DE PARRA á sus vendedores, que será eterno.

¡Palabra!



—No sé si les pasará lo mismo á otras mujeres; pero en cuanto abro la caja de los polvos me siento capaz de todas las ternuras y todas las debilidades?.

BÁQUICA

Choca tu vaso con el vaso mío.
Fuera tristezas, choca, choca, choca...
Caiga de manzanilla en nuestra boca
un desbordado río.

¿No ves que este vinillo transparente
va deshaciendo la pesada bruma?
¿No ves tras su rizada y nívea espuma
de dichas ignoradas un torrente?

¿No hierve ya la sangre de tus venas?
Yo contemplo en tus ojos seductores,
al ir ahogando el vino nuestras penas,
fulgentes resplandores.

Otra más, otra copa... Olvida, olvida
amargos desconsuelos;
deja que en un momento de mi vida
goce olvidando mis rabiosos celos.

No recuerdes que te unen duros lazos
á aquel que nunca comprendió tu alma...
Bebe y ven á mis brazos
y hallemos juntos la perdida calma.

No hay ley para el amor. Bebamos, choca;
pon en la boca mía
el beso más ardiente de tu boca;
calma con tus caricias mi agonía.

Mientras miro tus ojos seductores
hierve un volcán en mi ardorosa frente
y olvido mis dolores
al contemplar tu cara sonriente.

El calor de este vino delicioso
es, niña encantadora,
germen divino del amor hermoso
que nos brinda una vida seductora.

Bebamos... bebe más, que enloquecidos
del vino por los mágicos vapores
caigamos confundidos
soñando dichas y cantando amores.

Ven, ven y abrázame con ansia loca;
pon en la boca mía
el beso más ardiente de tu boca;
calma con tus caricias mi agonía.

Rafael Ruiz.

En el próximo número:

LOS AMORES DE PEPE MONCAYO

Escritos por él mismo.

AMORES CÉLEBRES, PUESTOS EN SOLFA

ORFEO Y EURIDICE

ORFEO y Euridice, según la Mitología, fueron modelos de amantes fogosos y tiernos.

Durante la vida de doña Euridice, nada les ocurrió que merezca mención especial. Sólo sabemos que se amaban con una locura fabulosa, que se besaban y aun se mordían con verdadero entusiasmo, y que así pasaron la existencia sin que les inquietara el recaudador de contribuciones, ni el agente de la compañía de seguros, siendo sus ocupaciones únicas la caricia recíproca, el chismorreo sabroso con varios dioses de ambos sexos á quienes tenían el honor de tratar, el manejo de la lira por parte de Orfeo, que era un músico aplaudidísimo, y el zurcido sin conocerse por parte de Euridice, que para disimular los sietes de las levitas y otras prendas era un prodigio.

Pero todo no puede ser felicidad en este mundo pícaro.

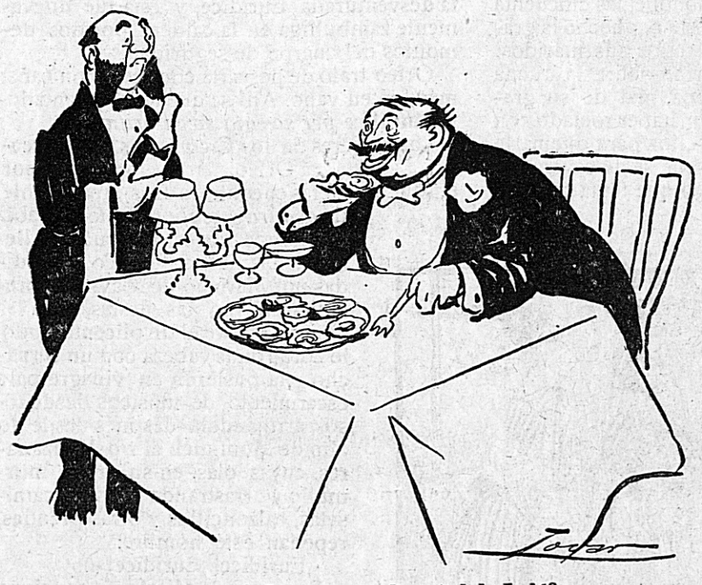
Estaba escrito (no se sabe en dónde) que la pobre Euridice fallecería; y un día ¡pum! falleció casi por completo. Veamos cómo.

Paseábase cierta mañana, á eso de las once y cuarto, con las náyades (que eran unas amigas suyas muy retozonas) por una pradera, que no creemos que fuera la de San Isidro, puesto que, según la fábula, se hallaba tapizada de flores; y una vecina oriunda, por cierto, de Fuentesauco, llamada Aristea, y que era náyade por vicio de la sangre, se puso á perseguir á Euridice, quien en su violenta huída pisó por causalidad á una culebra (¡lagarto, lagarto!). Esta la mordió en el talón izquierdo, y en tan mal hora, que la infeliz Euridice falleció de resultas del mordisco, si bien algunos autores afirman que fué á consecuencia del sarampión.

Sea como fuere, el caso es que al enamorado Orfeo le pareció que se le venía el mundo encima con tan tremenda desgracia, y su aflicción no tuvo límites. Baste decir que encharcaba con su acerbo llanto los más resecos parajes y ya no tocaba la lira más que de noche y con sordina.

Inconsolable el pobre Orfeo, elevó una respetuosa solicitud, en papel sellado correspondiente, á los dioses del cielo, para que hicieran el favor de devolverle á su amada Euridice; pero los dioses tuvieron á bien hacerse los suecos y ni siquiera se dignaron

LAS OSTRAS



El camarero.—Señor conde, ¿se acuerda usted de Lulú?
El conde.—¡Ya lo creo que me acuerdo!...

contestar al viudo. Este no se achicó ante el fracaso, y desenfundando su lira, con la cual solía ablandar á los tigres, á las suegras y demás animales feroces, se le ocurrió ir á tocar no sabemos qué pieza al amigo Caronte, al famoso barquero de los infiernos, con el fin de ver si le pasaba gratis en su barca.

Conmovido Caronte por los armoniosos acordes de aquella lira, pasó, efectivamente, á Orfeo, quien durante la travesía ejecutó una barcarola, como era natural.

El célebre músico produjo tan buena impresión en los infiernos, que quedaron suspendidos ante su presencia los tormentos de algunos desventurados.

Nuestro amigo Tántalo (ó *Tiéntalo*, según le llaman otros), olvidó que se estaba muriendo de sed.

Oyendo á Orfeo con la boca abierta, cesaron de llenar su horadado tonel las cincuenta Danaides, castigadas por haber hecho la gracia de cortar la cabeza á todos sus maridos.

Jerión se paró en firme sobre la rueda misteriosa en que montaba, mal de su grado. Flegias, castigado por haber rociado con petróleo el templo de Delfos para quemarle después, dejó de temer que se le cayera sobre la cabeza un canónigo que tenía colgado encima y que le estaba amenazando siempre con desplomarse. Las lágrimas de los ojos de las Furias formaban arroyos claros y fuentes serenas: tal fué la impresión que les causó el tañido de la lira famosa.

En fin, Orfeo, no sólo se ganó una gran ovación y la oreja de la lira, sino que logró su objeto, pues profundamente conmovidos Plutón y Proserpina, sacaron á Euridice de la caldera que por clasificación le había correspondido, y se la devolvieron á Orfeo, bajo dos condiciones: que no la mirase antes de haber salido de la región de los difuntos, y que después la comprase unas ligas encarnadas con broches de niquel.

El bueno de Orfeo, que más contento que unas pascuas había accedido á todo, conducía á la interfecta hacia la salida; pero, no pudiendo detenerse, dirigió su dulce mirada á la desventurada Euridice, y ésta fué uuevamente zambullida en la caldera por dos demonios del cuerpo de seguridad.

Orfeo trató de pescarla con red y con caña; más fué en vano. Allí se quedó la encantadora Euridice *per sæcula sæculorum*.

Las mujeres de los Ciconianos se acercaron á consolar á Orfeo; pero despreciadas por él (que quizá las encontrara feas), pusiéronle de *asaúra* y *esaborío* que no había por dondo cogerlo, y cuando llegaron las fiestas de Baco, presididas por Mariano de Cavia, se precipitaron (no las fiestas, sino las mujeres) sobre el displicente viudo, le cortaron la cabeza con un serrucho y la pusieron en vinagre para escarmiento de músicos desdeñosos, arrojándola después desde lo alto de Montjuich al río Manzanares, cuyas olas, en su triste murmullo y arrastrando consigo camisetas, calzoncillos y otras prendas, repetían este nombre:

«¡Euridice! ¡Euridice!»

Esto, que la Mitología consigna como exacto, se halla confirmado por cuatro lavanderas mentirosas que tuvieron la honra de presenciarlo.

Orfeo no volvió á levantar cabeza. Su lira se conserva actualmente en el Museo Naval; pero le falta la prima.

Por supuesto, que para prima, nadie como la tierna y apasionada Euridice.

¡Pobre señora!

Juan Pérez Zúñiga



—Este cañón hace quince disparos por minuto. Es la pieza que mejor repite en el buque.

—Oye, Pura, tenemos que decir á tu marido que venga á ver estos adelantos.

COLOQUIO

PERSONAJES: MERCEDES, *siete años*. JOSÉ MARÍA, *ocho años*. EL PAPÁ.

Es de noche. En el comedor de una casa elegante JOSÉ MARÍA *y* MERCEDES *junto á la chimenea, sentados en sendos y respetables sillones, departen gravemente. Da el reloj.*

MERCEDES. — *(Contando atentamente.)* Una, dos, tres... siete... once... Oye, José María. ¿las once es media noche?

JOSÉ MARÍA.—No, las once son las once; la media noche es á las doce.

M.—Pero las doce también son las doce.

J.—No importa; es media noche.

M.—¿Quién te lo ha dicho?

J.—Yo que lo sé.

M.—Y en qué se conoce?

J.—En que está muy obscuro.

M.—¿Y si enciendes la luz?

J.—Muy obscuro en la calle.

M.—*(Acercándose al balcón.)* También ahora está muy obscuro en la calle.

J.—Pero á media noche está más.

M.—¿Más que nunca?

J.—Más que nunca.

M.—Oye, ¿y cómo se conoce cuando está más obscuro que nunca?

J.—¡Qué pesada te pones!

M.—Dí que no lo sabes. Como á media noche siempre estás en la cama...

J.—Eso es mentira.

M.—No se dice «es mentira»; se dice «te equivocas».

J.—Bueno; pues te equivocas.

M.—¿Que me equivoco? ¿Cuándo te has acostado tú después de las nueve?

J.—Hoy.

M.—Hoy no cuenta.

J.—Y el día de Navidad.

M.—¡Toma! Ese día también yo.

J.—Ya ves.

M.—¿Y qué?

J.—Nada; que á las doce en punto encendieron el árbol.

M.—Y mira tú, ahora que me acuerdo: aquella noche no hubo media noche.

J.—¿Que no hubo media noche?

M.—No, hijito, porque había muchísima luz.

J.—¿La del árbol?

M.—No, la de la luna; miré por el balcón, bien me acuerdo, y estaba el suelo tan blanco, tan blanco que daba frío verlo. Ya ves cómo eso de lo obscuro no sirve de nada.

(Pausa. MERCEDES *saborea el triunfo de su dialéctica, y* JOSÉ MARÍA *disimula su despecho hojeando con aires de suficiencia un periódico que toma del velador. Mercedes le mira y se echa á reir.)*

J.—*(Enfurruñándose.)* ¿De qué te ríes?

EN EL RETIRO



¡Por Dios, ese Arturito siempre á caballo! ¡Debe tener á su mujer aburrida!

M.—De verte tan serio. Pareces un papá de casa de muñecas.

J.—¡Pues mira que tú en esa butaca! No te llegan los pies al suelo.

M.—Ni á tí tampoco; y eso que tienes un año más que yo.

J.—Pero tú no sabes dividir.

M.—Pero sé hacer calados de vainica.

J.—¡Bah! Cosas de mujeres...

M.—Sí, de mujeres; mamá es mujer y dice que no sabe.

J.—¡Querrás tú saber más que mamá!

M.—¡Qué tonto eres!

(Pausa. En la chimenea agonizan los troncos, vistiéndose el luto gris de las cenizas; suscítanse chisporroteos cada vez más tenues. MERCEDES *y* JOSÉ MARÍA *contemplan el hogar, y poco á poco van durmiéndose como la lumbre. La crepitación de un tronco que crujen con estrépito les desvierta.)*

M.—*(Muy asustada.)* ¿Has oído, José María?

J.—Sí; creo que es la lumbre.

DOLOR DE MUELAS



—Por Dios, Filomena, recuerda que me dijo el médico que no te dejara meterte el dedo; que cuando te duela te eche un polvito de los que te recetó.

M.—Tengo frío. Oye, ¿no te da miedo estar aquí?

J.—*(Con voz no muy segura.)* A mí no.

M.—¿Vamos á buscar á alguien?

J.—No, espérate; no hay luz en el pasillo.

M.—¿Dónde estará Clarita? ¿Por qué no la llamamos para que nos acueste?

J.—Todos están en el cuarto de mamá.

M.—¿Habrán traído ya el niño? Dijo papá que esta noche sin falta llegaba de París.

J.—A los niños no los traen de París.

M.—¿Que no?

J.—Esas son cosas que os cuentan á las chiquillas. Los trae el médico.

M.—Entonces no ha llegado, porque yo he visto entrar al médico y no traía nada. ¿Te alegras tú?

J.—Yo, sí.

M.—Será una niña como yo.

J.—Será un niño.

M.—¡Ay, no!

J.—¿Por qué?

M.—Porque yo quiero una hermanita que juegue conmigo, y no un chicazo como tú, que todo me lo quitas por fuerza y me haces rabiar. Será una niña.

J.—Sí; para que me acuse y esté siempre llorando como tú, en cuanto uno te mira.

M.—¡Sí, mirar!... Es que tú tienes muy mala costumbre: con eso de jugar á los caballos y ser siempre el cochero, soy yo la que me gano todos los golpes; y te advierto que yo no juego más, ni al toro tampoco, ni al escondite: lo que es ahora, como somos dos, no te vas á reir de nosotras.

J.—Bueno; ya lo veremos.

M.—*(Como hablando consigo misma.)* Será muy rubia y muy chiquitina, y quiero yo que se llame Carmen, y me traerá un paquete de bombones y una cocina con cacerolas y horno: me lo ha dicho mamá.

J.—Pues á mí me ha dicho papá que será un niño, y que se llamará Federico, y que me traerá caramelos y un caballo así, con pelo de veras.

M.—Yo la voy á tener en brazos.

J.—Y yo también.

M.—Sí, tú; esas no son cosas de muchachos.

J.—¡Creerás que va á ser como tu muñeca!

(Nueva pausa. La lumbre se apaga y los niños se duermen. Hay ensueños de muñecas y de dulces, de caballos con ruedas y de hermanitos rubios, que revolotean junto al hogar. Pasa la media noche. Ruido: una puerta se abre: aparece en ella EL PAPÁ.)

El papá.—Pero ¿qué es eso? ¿Vosotros aquí? ¿Cómo no estáis en la cama?

(Los chiquillos despiertan llenos de susto.)

J.—Es que...

M.—No nos han acostado.

J.—Estamos esperando al hermanito.

M.—A la hermanita.

J.—¿Ha venido ya?

M.—¿Es rubia?

J.—¿Habla?

El papá.—*(Melancólico.)* No hay hermanito... se quedó en el camino.

M.—¿Y cuándo llega?

El papá.—Ya no viene... Se ha muerto.

M.—¡Se ha muerto...! ¿Y qué dice mamá? Yo quiero verla.

El papá.—Mamá está durmiendo.

J.—Oye, papá, y á los niños que se mueren en el camino, ¿dónde los llevan?

El papá.—No sé; á la cama es donde debéis iros vosotros. *(Llama al timbre. Apa rece un criado.)* Diga usted á Clara que acueste á estos niños. *(Sale.)*

M.—¡Pobre hermanito! Mira tú que después de esperarle tanto rato...

J.—Lo siento por el caballo, ¿y tú?

M.—Yo también. Oye, ¿por qué estará papá tan triste?

J.—No lo sé.

M.—¿Será que los papás empiezan á querer á los niños antes de que los traigan?...

G. Martínez Sierra.

HISTORIA MUY CORTA

Primera parte:
Supliqué.
Yo, desear;
y tú, temer.

Segunda parte:
Conseguí.
Y tú, á temblar;
y yo, á dormir.

Tercera parte:
Esposos ya.
Y tú, á dormir;
y yo, á temblar.

Rafael López de Haro.

AMOR DE AMAR

Ya nadie se admira de que las señoras impongan desde la cuarta plana de los periódicos las condiciones físicas y morales que deberá sumar el caballero á quien desean pertenecer.

«Necesito un joven ojinegro, dulce, inteligente, que haya viajado mucho y que no se saque la raya por detrás.»

Pero estos procedimientos, aunque modernísimos, van cayendo en desuso y no tardarán en parecernos antiguallas ridículas.

Hace pocas noches paseaba las calles de Perpiñán un joven español, rico y buen mozo y hombre capaz de ir «á todas partes», según luego se verá. Al pasar por cierta calleja inmediata á la estación del ferrocarril, se le acercó una joven elegantona y muy guapa.

—Caballero...

—Señora...

El desde luego, la supuso casada ó viuda... *ó algo así,* deduciéndolo de ciertas pomposidades y carnosos abultamientos que suelen aveniase mal con la delgadez de la virginidad. Ella también examinaba á su interlocutor, detallándolo, dedicando á su cara, especialmente, un estudio minucioso y sentado. Luego, dijo:

—Caballero, perdone usted mi atrevimiento... pero... un compromiso urgentísimo me obliga á pedirle á usted doscientos francos. ¿Puede usted facilitármelos?

El joven, sin inmutarse, sacó su cartera, y en buenos billetes del Banco francés depositó entre las manos de la desconocida los cuarenta duros. Ella repuso, dando muestras de júbilo y agradecimiento vivísimos:

—Gracias mil, señor. Ahora, sólo espero de su cortesía que no pretenda saber mi nombre: yo no soy una aventurera, y menos una cortesana. En cuanto á estos doscientos francos, quede usted cierto de que no ha de perderlos. Yo se los reintegraré á usted algún dia... muy pronto...

Nuestro compatriota tuvo una contestación magnífica, digna de aquellos nobles que ponían picas en Flandes.

—Cuente usted con mi discreción absoluta. Por lo demás, señora, usted nada me debe; sólo deseo que guarde usted de mí un recuerdo agradable. Beso á usted los pies...

Ya se había quitado el sombrero para despedirse, cuando ella le detuvo con un gesto distraído y familiar, y miraba á todas partes como temiendo algún peligro ó sorpresa.

El preguntó:

—¿Qué tiene usted?

—Caballero—dijo la joven representando á maravilla su interesante papel de mujer asustada—yo necesito separarme de un hombre con quien he vivido hasta ayer, y que ha jurado matarme si le dejo. Ahora mismo debo volver á mi casa para recoger varios